

## Canción de amor a América

**Manoel de Andrade**

iAy América,  
que largo caminar!

Yo vengo con el trigo de mi canto,  
con mi ternura abierta  
y con mi espanto.  
y desde el fondo de mí y de mi asombro,  
y por mis labios de vino y gaviotas,  
te traigo mi cantar de caminante.

Para tí, amada mía,  
para tú cuerpo de cansancio  
y por tu hambre,  
yo traigo este mi verso frutecido.

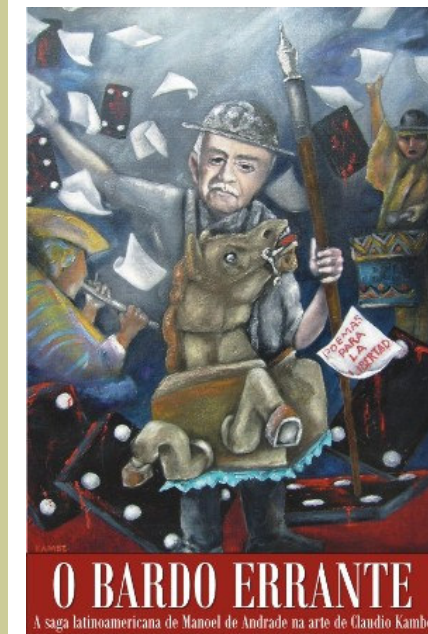
Yo vengo con el rocío de las mañanas,  
soy el cantor del alba  
el que despierta  
el que anuncia la vida y la esperanza.  
Yo soy el mensajero de estos años,  
el cantor de este tiempo y de estas tierras.  
yo soy de aquí,  
desde la Patagonia hasta Río Bravo,  
y desde aquí alzo mi canto para el mundo.

iAy América, .  
que largo caminar!

Yo soy una ave de paso,  
apenas un cantor errante,  
pero si en mi voz hay una sinfonía delirante  
es para golpearte América,  
para entonar tu grito enmudecido.

Ahora vengo a cantarte  
y mi canto es como el día y como el agua  
para que me entienda sobre todo el hombre humilde.  
Ahora vengo a cantarte  
pero en tu nombre América,  
yo solamente sé cantar con la voz que denuncia.  
yo no vengo a cantar el esplendor de Machu Picchu,  
ni a la Gran Cordillera y su nieve eterna;

no vengo a cantar esta América de volcanes y archipiélagos,  
a esta América altiplánica de la llama esbelta y la vicuña. .  
yo vengo en nombre de una América parda, blanca y negra,  
y desde Arauco a Yucatán,  
vengo en nombre de una América indígena agonizante.  
Yo vengo en nombre de una América proletaria,



en nombre del cobre y del estaño ensangrentado.

Yo no vengo a cantar un continente de pasajes,  
no vengo a cantar el mar que amo,  
los lagos escondidos en las montañas,  
ni de los ríos que corren al fondo de los valles florecidos.  
No, yo no vengo a cantar a este trigo que se niega a quien lo siembra;  
yo vengo por una historia más sincera,  
vengo a hablar del hombre que vi y oí por los caminos.

¡Ay América,  
que largo caminar!

yo vengo a hablar del campesino,  
de su poncho roto y su colchón de tierra,  
de su resignación y su misterioso silencio,  
de su gesto incontenible que en alguna parte se levanta,  
de su hambre saciada con la sangre de una masacre.

Yo vengo a hablar del minero y su muerte prematura,  
de una vida vivida en la penumbra sepulcral de los socavones,  
de la silicosis excavando día a día los pulmones de obreros jóvenes,  
yo vengo a contar de las mujeres de Yanuni, Catavi y Siglo Veinte,  
de las palliris de Bolivia con quienes hablé un día,  
de esas viudas desamparadas de mineros masacrados y soterrados,  
que buscan en la basura del estaño,  
el pan diario de sus hijos.

Yo no vengo cantar el encanto colonial de estas ciudades,  
a los altares españoles recubiertos con el oro de los Incas,  
a las grandes plazas donde se yerguen las estatuas de los libertadores.  
Vengo a cantar de favelas, barriadas y tugurios,  
las poblaciones callampas y las villas miserias.  
yo vengo a denunciar la tuberculosis y el frío,  
yo vengo en nombre de los niños sin pan y chocolates,  
en nombre de las madres y de sus lágrimas.  
Yo vengo a hablar por toda voz que se levanta,  
por una generación reprimida con fusiles,  
vengo a hablar de las universidades cerradas  
y de la huella de las tiranías enclavada en sus paredes,

yo vengo a denunciar falsas revoluciones  
y el oportuno pacifismo,  
vengo a hablar de un tiempo de destierros y torturas,  
yo vengo a hablar de un terror que crece uniformado,  
y de estos años en que cada promesa de paz es una mentira.

Ay América,  
yo vengo en nombre del hombre y su agonía,  
en nombre de una infancia sin dulzura.  
Y por eso yo vengo a hablar de otra cosecha  
y de un valle sembrado en la montaña.  
Yo vengo a anunciar la miel y la espiga,  
y la tierra fértil y dulce y repartida.

Ay América,  
en nombre de una América americana,  
yo vengo a convocarte para la lucha.

Yo canto para eso amada mía,  
para pronunciar un tiempo ya llegado entre nosotros,  
para decirte de estos puños que maduran en cada gesto,  
y de estos rifles que disparan en cada pecho.

¡Ay América,  
que largo caminar!

Rumbo al norte,  
al sur,  
al este o al oeste,  
yo avanzo atravesando esas naciones.

¡Oh, caminar, caminar,  
y saber sentirse un caminante!  
Pues es tan triste morir a cada día,  
morir con los puños abiertos y el corazón vacío.  
Morir distante del hombre y su esperanza,  
morir indiferente al mundo que muere,  
morir siempre,  
morir pequeñamente  
cuando la vida es un gesto de amor desesperado.

¡oh, caminar, caminar!  
pero caminar como camina el río y la semilla,  
conociendo la completa plenitud de su destino.  
¡oh caminar!  
Caminar  
y saberse un día fruto.  
Caminar  
y sentirse un día mar.

ay América,  
que no exista la duda en mi camino,  
que solamente esta pasión de justo me enamore.

Fui prisionero  
pero otra vez soy pájaro,  
otra vez un caminante,  
y vuelvo a abrir el alma con mi canto.

Hoy me detengo aquí...  
alzo mi voz, mi acusación, mi juicio.  
Declamo mi bandera de sueños,  
proclamo mi fe,  
recojo mi testimonio y me voy.

Yo soy el juglar maldito  
y bien amado.  
Mi canto es un grito de combate  
y yo no canto por cantar.  
Yo parto dejando siempre una inquietud,  
dejando en una seña la certeza de una aurora.

Yo soy el cantor clandestino y fugitivo,  
el que ama la soledad inmensa de los caminos.  
Paso desapercibido de ciudad en ciudad,  
en algún local público yo me voy a cantar

y allí conozco amigos y enemigos.  
Pero siempre, he podido encontrar al gran compañero,  
al hombre nuevo,  
aquel que trae la faz de la esperanza  
el que se aproxima en silencio  
y con el gesto inconfundible me saluda;

iAy América,  
que largo caminar!

Yo vengo amada América,  
para iluminar con mi canto este camino,  
te traigo mi sueño inmenso, latino y americano,  
y mi corazón descalzo y peregrino.  
Pero cuando siento mi sangre escurriéndose en los años,  
y la vida se me acabe antes de verte amanecida;  
Cuando pienso que es muy poco, amada mía,  
lo que yo puedo darte en un poema;  
iAy! cuando pienso en estas flores de sangre marchitadas,  
en estos alumbrados cuerpos que cayeron,  
y que quizás no he sabido hacer por ti cuanto quisiera;  
iAy! si con el tiempo descubrir  
que este lírico fusil que empuño no dispara,  
ay América,  
quién dirá que la intención que tuve fue sincera.

Quito, Agosto de 1970

### **Canção de amor à América**

Ai América,  
que longo caminhar!

Eu venho com o trigo do meu canto  
minha ternura aberta  
e o meu espanto;  
e do fundo de mim e assombrado  
e pelos meus lábios de vinho e gaivotas,  
te trago o meu cantar de caminhante.

Para ti, amada minha,  
para teu corpo de cansaço  
e por tua fome  
eu trago este meu verso frutecido.

Eu venho com o rocío do amanhecer  
sou o cantor da aurora  
o que desperta  
o que anuncia a vida e a esperança.  
Eu sou o mensageiro destes anos  
o cantor deste tempo e destas terras  
eu sou daqui,  
desde a Patagônia até o Rio Grande  
e daqui alço meu canto para o mundo.

Ai América,  
que longo caminhar!

Eu sou como uma ave que passa  
apenas um cantor errante,  
mas se na minha voz há uma sinfonia delirante,  
é para golpear-te, América.  
para levantar teu braço adormecido.

Agora venho cantar-te  
e meu canto é como o dia e como a água  
para que me entenda sobretudo o homem humilde.  
Agora venho cantar-te  
mas em teu nome, América,  
eu só posso cantar com a voz que denuncia.

Eu não venho cantar o esplendor de Machu Picchu  
a Grande Cordilheira e a neve eterna;  
não venho cantar esta América de vulcões e arquipélagos  
esta América altiplânica da lhama esbelta e da vicunha;  
venho em nome de uma América parda, branca e negra,  
e desde Arauco a Yucatán,  
venho em nome desta América indígena agonizante,  
venho sobretudo em nome de uma América proletária  
em nome do cobre e do estanho ensangüentado.

Eu hoje não vim cantar um continente de paisagens,  
não vim falar dos lagos escondidos na montanha  
nem dos rios que correm ao fundo dos vales florescidos;  
não, eu não vim cantar este trigo que se nega a quem semeia;  
eu venho por uma história mais sincera,  
venho falar do homem que vi e ouvi pelos caminhos.

Ai América,  
que longo caminhar!

Eu venho falar do camponês  
de sua pele seca e sua cor de bronze,  
de sua túnica desbotada e o seu colchão de terra,  
de sua resignação e o seu misterioso silêncio,  
de seu grito incontido que em alguma parte se levanta,  
de sua fome saciada com o sangue dos massacres.

Eu venho falar do mineiro e sua morte prematura,  
de uma vida quase inteira vivida na penumbra tumular dos socavões,  
da silicose escavando dia a dia os pulmões dos operários jovens;  
eu venho falar das palhiris bolivianas,  
dessas desamparadas viúvas do mineiro massacrado ou soterrado,  
que buscam no lixo do estanho,  
o pão diário dos seus filhos.

Eu não venho falar do encanto colonial destas cidades,  
dos altares espanhóis recobertos com o ouro incaico,

das grandes praças onde se erguem as estátuas magníficas dos libertadores;  
venho falar de favelas, barriadas e tugúrios,  
de povoações calhampas e vilas-misérias,

eu venho falar da tuberculose e do frio,  
venho em nome dos meninos sem pão e chocolates.

Eu venho falar por toda voz que se levanta,  
por uma geração reprimida com fuzis,  
venho falar das universidades fechadas  
e com a marca das tiranias encravada nas paredes.

Eu venho denunciar falsas revoluções  
e o oportuno pacifismo,  
venho falar de um tempo de desterros e torturas,  
eu venho alertar sobre um terror que cresce uniformado  
e sobre estes anos em que cada promessa de paz é uma mentira.

Ai América,  
que longo caminhar!

Rumo ao norte  
ao sul  
a leste ou a oeste,  
eu avanço atravessando estas nações.

Oh caminhar, caminhar...  
e saber sentir-se um caminhante...  
pois é tão triste morrer a cada dia  
morrer com os punhos abertos e o coração vazio.  
Morrer distante do homem e sua esperança  
morrer indiferente ao mundo que morre  
morrer sempre  
quando a vida é um gesto de amor desesperado.

Oh caminhar, caminhar...  
mas caminhar como caminha o rio e a semente,  
conhecendo a mais completa plenitude em seu destino.  
Oh caminhar...  
Caminhar  
e saber-se um dia fruto.  
Caminhar  
e sentir-se um dia mar.  
Ai América,  
que não exista a dúvida em meu caminho,  
que apenas me guie este imenso amor que trago,  
que somente esta paixão de justo me enamore.

Fui prisioneiro,  
mas outra vez sou pássaro,  
outra vez um caminhante,  
e volto a abrir a alma com meu canto.

Hoje me detenho aqui...  
levanto minha voz,  
minha bandeira de sonhos,  
minha fé.  
Recolho meu testemunho e me vou.

Eu sou o jogral maldito  
e bem amado.  
Meu canto é um grito de combate

e eu não canto por cantar.  
Eu parto deixando sempre uma inquietude,  
deixando numa senha a certeza de uma aurora.

Eu sou o cantor clandestino e fugitivo,  
aquele que ama a solidão imensa dos caminhos.  
Passo despercebido de cidade em cidade.  
Em algum lugar público eu vou dizer meus versos  
e ali conheço amigos e inimigos.  
Mas sempre pude encontrar ao grande companheiro,  
ao homem novo,  
aquele que traz a face da esperança,  
aquele que se aproxima em silêncio  
e com um gesto inconfundível me saúda.

Ai América,  
que longo caminhar!

Eu venho amada América,  
para iluminar com meu canto este caminho.  
Te trago meu sonho imenso, latino e americano  
e meu coração descalço e peregrino.  
Mas quando sinto meu sangue escorrendo-se nos anos  
e que a vida se me acabe antes de ver-te amanhecida;  
quando penso que é muito pouco, amada minha,  
o que eu posso dar-te em um poema;  
ai, quando penso nestas flores de sangue que murcharam,  
nestes iluminados corpos que tombaram,  
e que ainda não pude fazer por ti quanto quisera;  
ai, se com o tempo eu descobrir  
que este lírico fuzil que empunho não dispara,  
ai América...  
quem dirá que a intenção que tive foi sincera.

Quito, Agosto de 1970